

PQ 4582

SS

A 3818

1850

V. B.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CANTO XXIV.

rreros de Orlando. — Castigo de Odórico. — Mandricardo
recoge las armas de Orlando que colgó de un pino el príncipe
escocés. — Muerte de este príncipe y desconsuelo de Isabel.
— Combate entre Rodomonte y Mandricardo.

¡ Cuay de aquel que, poniendo
En la amorosa red la incauta planta,
Alzarla en el instante no procura!
Que es el amor locura
De que todo hombre de razon se espanta.
Pasion siempre funesta,
Avara de placer, pródiga en males,
No siempre en las frenéticas señales
Con que agita á Roldan se manifiesta.
Causa de tanto y tanto mal distinto,
Confuso laberinto,
Donde aquel que se avanza
Perder por siempre debe
De volver á salir toda esperanza,
Es el amor, que, aleve,
Gozar una hora de reposo veda
Al que en sus lazos una vez se enreda.
Mas, hermano, podrá decirme alguno,
Tú que en sentar axiomas te entrometes,
¿ A la razon que inculcas te sometes?
A eso respondo yo : Cuando importuno
El amor no me acosa, dél reniego,
Y, huyendo dél, buscando voy sosiego.
Juro no amar; mas, roto
Formado apenas este designio, noto
Que de mi pecho es incurable el fuego.
En otro canto, oh príncipe, ya os dije
Cual, sus ropas frenético rasgando,
Y la selva atronando,
Por sus sombras Orlando se dirige,

T. II.

010748

Y cual á unos pastores
De sus pecados el fatal influjo
Hácia aquel sitió por su mal condujo.

La locura del conde

Ellos al ver, al ver su fuerza brusca,
Echan á huir; mas sin saber por donde,
Cual huye aquel á quien el miedo ofusca.
Siguelos él en rápida carrera,
Y la cabeza al uno al suelo arroja
Con la facilidad con que cualquiera
De tierna flor arranca débil hoja,
O coge en un verjel madura pera.
Por una pierna el grave tronco asiendo,
Furioso va tras los demas corriendo,
Y á otro alcanzando, hasta el siguiente dia,
Sobre la tierra fria
Privado de sentido,
De un solo golpe déjalo tendido.
Huyen los dos que quedan,
Y miéntras corren por camino extraño
Se lanza el conde en medio del rebaño.

De su furor ante el terrible ejemplo,
Dejando sus labores,
Asustados se van los labradores
Buscando alguna casa ó algun templo,
Donde abrigarse puedan
De la furia de aquel á cuyo choque
Bueyes y potros por el campo ruedan.

Bien podeis figuraros el estruendo
Que en las villas cercanas
Van por do quier haciendo
Zampoñas, tamboriles y campanas;
Con chuzos, y con arcos y con hondas,
Desde el monte mas alto,
Do suben mil, á las cañadas hondas
Bajan otros dispuestos al asalto.

Cual, agitada por el austro, suele
La orilla acariciar ola que pronto

Otra mas recia impele,
Y otra, y otra mas brava,
Que por hinchar del ponto
La aterradora inmensidad acaba,
Así se va agitando
La inmensa turba que amenaza á Orlando.
Bien presto su imprudencia
Conoce cada cual por experiencia,
Pues a los diez primeros que llegaron
Diez furibundos golpes derribaron.
Ninguno en tanto herir al héroe puede,
Que el celeste poder le protegía,
Porque fuese algun dia
Gloria y sosten de la romana sede.

A punto estaba, si morir pudiera,
De perecer el temerario conde,
Cuando la chusma, al ver que no responde
Su audacia toda al éxito que espera,
El campo abandonando, se retira.
Viéndose solo, Orlando se dirige
Hácia unas casas que allí cerca mira;
Desiertas las encuentra:
Tanto es el miedo que á su gente aflige.
En una de ellas, sin embargo, se entra,
Y allí acopiado en abundancia nota
Cuanto al sustento de un pastor conviene.

Sin distinguir el pan de la bellota
Por su hambre y por su cólera impelido,
En coger lo que ve no se detiene,
Sin reparar si está crudo ó cocido.

Así, aquel territorio recorriendo,
A fieras y hombres con furor persigue;
En su curso estupendo
Gamos y corzos alcanzar consigue,
Y si en la selva aviene que se encuentre
Osos ó jabalis, lucha con ellos,
Y, despues de vencellos,
Con su carne ó su piel harta su vientre.

Por aquí y por allí, de arriba abajo
 Toda Francia recorre,
 Y á un puente llega, en fin, bajo el cual corre
 Un torrente con márgenes en tajo,
 Y á cuya entrada elévase una torre,
 Desde la cual abarca
 La vista en torno toda la comarca.

Mas lo que allí le avino
 Diré otra vez, y torno hácia Zerbino.
 A Orlando este no bien pierde de vista,
 Corriendo por su pista,
 Llegar á poco advierte á un caballero
 Que, por dos escoltado,
 Sobre un flaco rocin viene montado.

Bien pronto reconocen
 Isabel y Zerbino al prisionero;
 Lobo, á cuyo cuidado
 Se puso la custodia del cordero.

Refiriendo venia
 Justamente á Zerbino la princesa
 La historia entónces del aciago día
 En que, despues de ver con riesgo grave
 Entre las olas zozobrar su nave,
 Quedó en poder de los ladrones presa.

Los dos que al lado de Odorico vienen
 Y que noticia tienen
 Del amor de Isabel y del guerrero,
 Por sus armas primero
 Y por su faz despues reconociendo
 Al que fué su señor, de los caballos
 Saltan al punto, y respetuosamente
 Desnúdanse la frente
 Y arrójanse á sus pies para besallos.
 Zerbino atentamente
 A uno y otro mirando, al de Bilbao
 Reconoce y á Almonio,
 A quienes, de su afecto en testimonio,
 Con Odorico despachó en la nao.

«Pues que el cielo ha dispuesto,» Almonio dice,
 «Que de Isabel al lado te encontremos,
 «Nuestro caso infelice
 «Inútil es que á referir tornemos.
 «Ella, señor, sin duda te habrá dicho
 «Cuanto debes saber; ella de aque-se
 «A quien mandaste tú la protegiese,
 «Te habrá narrado el criminal capricho.
 «Referirte yo, empero,
 «Lo que pasó despues de su partida,
 «Y que ella ignora por lo tanto, quiero.
 «De la ciudad lijero hácia la playa
 «Con algunos caballos yo acudía,
 «Hácia el sitio do habia
 «Con Isabel dejado al de Vizcaya.
 «En vano empero los busqué, que apena
 «Descubrí sus pisadas por la arena,
 «Siguiéndolas, entré en la selva opaca
 «Do no hube andado mucho,
 «Cuando, débil y flaca,
 «La voz de aqueste que me llama escucho.
 «Quien le hirió que me diga le suplico,
 «Y qué fué de la dama y de Odorico,
 «De cuya fuga recogiendo señas,
 «Me pongo á recorer aquellas breñas.
 «Mucho corri buscándolos prolijo,
 «Sin encontrar su huella, todo el día.
 «Viendo esto, hácia el paraje me dirijo
 «Do por tierra yacia
 «Exánime mi triste compañero,
 «Que, un momento despues, mas que mi apoye
 «El del sepulturero
 «Necesitara que le abriese el hoyo.
 «Del bosque á la ciudad hice ilevallo
 «A casa de un mi amigo, donde en breve
 «Logró un antiguo medico sanallo.
 «De armas provistos luego y de caballo,
 «Corebo y yo buscamos al aleve,

« Que en la corte de Alfonso de Vizcaya
 « Encontramos por fin. Allí bien pronto
 « Su orgullo puse á raya,
 « Pues de Dios ora fuese la justicia
 « Quien mi brazo apoyase, ora fortuna
 « Que con frecuencia á la razon se aduna,
 « Derroto al vil, le prendo,
 « Y, á mi gusto queriendo
 « Imponer á su crimen un castigo,
 « Al rey pido su venia, y la consigo.
 « Darle muerte no quise, ni dejarlo;
 « Mas con dura cadena aqui lo traje,
 « Porque tú mismo de tamaño ultraje
 « A tu placer pudieras castigarlo.
 « De Carlos al saber que el estandarte
 « Sigues, aqui me vine por buscarte,
 « Y al cielo gracias doy de que de verte
 « Bondadoso hoy depárame la suerte.
 « Gracias doyle tambien de que, á tu lado
 « Mostrándome á esa dama, la zozobra
 « De mi alma ha disipado,
 « De mi alma que otra vez su paz recobra. »

A Almonio atentamente
 Escucha el escoces. Feroz mirada
 Sobre Odorico de lanzar no cesa.
 Pues, olvidando su furor, le pesa
 Ver su amistad tan mal recompensada.
 Largo rato, suspenso y silencioso,
 En el crimen nefando
 De Odorico se queda meditando,
 É, inquieto y pesaroso,
 Saliendo en fin de su estupor: « ¿ Es hijo, »
 Al vil pregunta, « cuanto Almonio dijo? »
 El impostor en tierra
 De rodillas cayendo ante Zerbino,
 « ¿ Do está, señor, » exclama, « el que no yerra? »
 « Entre el justo y el malo
 « La sola diferencia que señalo,

« Es que el uno, en la guerra
 « Que le hace la pasion, al punto cede;
 « Mientras el otro, mas resuelto, puede
 « Resistir algun tiempo, bien que al cabo
 « Siempre, por poco que se muestre bravo,
 « Dueño del campo el adversario queda.
 « Si la guardia me hubieras encargado
 « De algun castillo, y que al primer embate,
 « Por temor del combate,
 « Yo al enemigo hubiéralo entregado,
 « Acusarme podria
 « Cualquiera de traicion ó cobardia;
 « Mas si, animoso resistiendo, tengo
 « Que ceder á la fuerza la victoria,
 « No porque no la obtengo
 « Será menor mi mérito y mi gloria.
 « Cuanto mas el que ataca es aguerrido,
 « Tanto es mayor la excusa del vencido.
 « No con mayor firmeza
 « Que aquella con la cual luché conmigo,
 « Al embate enemigo
 « Resiste inexpugnable fortaleza.
 « En vano, empero, con estudio y arte
 « De la razon el sólido baluarte
 « Opuse á la pasion. Vencida al cabo
 « Mi fe, sufrió un inmenso menoscabo. »

Así dice Odorico, á quien acosa
 Ansia de demostrar cuan poderosa
 La causa fué que á delinquir le indujo.
 Si el ruego y la humildad tuvieron nunca
 Para calmar la saña algun influjo,
 La suya es fuerza que Zerbino ablande,
 Pues de Odorico es grande
 La elocuente humildad. Entre su enojo
 Y su piedad Zerbino titubea.
 Al recordar la recibida injuria.
 Lavarla en sangre del infiel desea
 Mas se aplaca su furia

Reflexionando en la amistad que un dia
Con tan estrechos lazos los unia.

Mientras así irresoluto

Está Zerbino, hácia aquel sitio llega,
Corcoveando y relinchando, el bruto
A quien quitó la brida Mandricardo,
Y sobre el cual á su pesar camina
La que juró del escoces la ruina.
Este no bien la mira, agradecido
Las manos alza al cielo,
Que este dia cumplido
Le deja ver su mas ferviente anhelo.

Deteniéndose pues, en su ira inmensa,
Lo que hacer deba el principe medita,
Y á la vieja maldita
Cortar primero las orejas piensa.
Luego quiere matarla, y alimento
Hacer su carne de milano hambriento.
Y, entre los mil proyectos que revuelve,
Hé, por último, aqui lo que resuelve.

« La vida, amigos, » dice,
« A ese traidor perdono;
« Mas sobre él mis derechos no abandono,
« Bien que su pena haré que se suavice,
« Pues fácilmente la disculpa admito
« Cuando el amor es causa del delito.

El amor á los hombres de mas peso
« En miles de ocasiones
« Alteró la razon, privó de seso,
« Y de exceso en exceso
« Acabó por lanzarlos. De Odorico
« El perdon, pues, invoco;
« Y si castigo á alguno darse debe,
« Déseme solo á mí, que ciego y loco
« A un extranjero encomendé mi dama,
« Olvidando cual prende
« Seca estopa al contacto de la llama. »

La vista luego hácia Odorico tiende,

Y prosigue : « En castigo
« De tu negra y fatal alevosía,
« A vivir de esa vieja en compañía
« Por espacio de un año yo te obligo;
« Do quier que vayas, ella irá contigo;
« Si irreverente alguno la atropella,
« Con tu acero tendrás que defendella
« Y que embestir, cuando ella te lo mande,
« Sin que nada te arredre ni te ablande. »

Este castigo que Zerbino impone
A Odorico le expone
A perecer mil veces cada dia,
Pues de la vieja impia
Son los crímenes tantos,
Que dar con ella un paso no podria
Sin riesgo de encontrar un enemigo.
De su conducta aleve,
Por este medio, el escoces castigo
Dar á un tiempo á los dos espera en breve.

A Odorico en seguida
Jurar haciendo que á la vieja infame,
Aun cuando sea á costa de su vida,
Dará favor, cuando ella lo reclame,
Con la muerte Zerbino le amenaza
Do quier que con él tope, como sepa
Que ha podido un momento
Olvidar su solemne juramento.

A Almonio y á Corebo luego ordena
Que le den libertad. Y ellos con pena
Se la dan, como quiera que esto impida
Que su venganza puedan ver cumplida.

Lo que despues aconteciera, escrito
De Turpin no se encuentra en las historias;
Mas otro autor, de quien el nombre omito,
Dice que una jornada
Anduvieron apena,
Cuando, á la fe jurada
Odorico faltando, una lanzada

Al cuello de su digna compañera
Echó y á un olmo la dejó colgada;
Y que un año después, sin que supiera
Nadie el sitio jamas ni la manera,
Hizo Almonio á Odorico igual jugada.

De caminar tras del de Anger se abrasa
En ansia viva el escoces mancebo;
Que á Almonio y á Corebo,
Por contar á su gente lo que pasa,
Despacha sin demora,
Y solo con aquella á quien adora
Se queda allí. Y era el ardor tan vivo
Que de ser grato al buen Roldan tenia,
Que por la selva umbria
Buscando vanse al musulman altivo,
Que logró derriballo,
Las cinchas reventando á su caballo.

Así tres dias del de Anger siguiendo
Solícitos las huellas, caminaron
Zerbino y su adorada
Tras del guerrero que iba sin espada.
Al cuarto dia al sitio en fin llegaron
Do del amor de Angélica y Medoro
No ha mucho tiempo que existieron señas,
Y la fuente, los árboles, las peñas
Hechos trozos, por tierra contemplaron.

De un objeto que brilla á los reflejos
Zerbino se adelanta,
Y del suelo levanta
La coraza del conde. Algo mas léjos
Su yelmo nota, mas no aquel famoso
Que ornó la sien al africano Almonte.
Por lo espeso del monte
El ruido en esto de un corcel se siente;
Y levantando el escoces la frente,
A Bridadoro observa,
Que, tranquilo paciendo,
Pendiente el freno del arzon conserva.

Sobre la verde yerba
Desnuda luego á Durandarte viendo,
Recógela, y recoge los vestidos
Por el campo en mil puntos esparcidos.

Con indecisos ojos,
Inquietos contemplando
Isabel y Zerbino estos despojos,
De lo que viendo estan quedan dudando;
Pues todo pueden suponer, excepto
Que haya perdido la razon Orlando.

Si de sangre una gota
Viera en tierra Zerbino, no dudara
Que muerto Orlando fué; mas nada nota:
Y del límpido arroyo
Siguiendo luego la corriente clara,
Un pastor ve que á reclamar su apoyo,
Medio muerto, se acerca. Del de Anglante
Las locuras habiendo presenciado,
Atónito, aterrado las refiere
Al escoces, que estupefacto queda,
Y que creer lo que oye apénas quiere.
Triste, desconsolado,
De su bridon saltando, pieza á pieza
El resto de sus armas,
Que ve en el suelo, á recoger empieza;
A recogerlas Isabel le ayuda,
Y, en esto, otra doncella se presenta
A quien cuita gravisima atormenta.
Si quien es alguien duda,
Y á mí me lo pregunta, yo diréle
Que es Flordelis, cuya alma
De no encontrar á su amador se duele.

En la ciudad de Carlos, donde sola
Seis ú ocho meses aguardando estuvo
Su vuelta, Brandimarte abandonóla.

En su ardiente deseo
De dar con él, anduvo
Los Alpes, hasta el mar y el Pirineo;

Buscóle en fin por donde quiera, ménos
Del viejo Atlante en los profundos senos.

Allí con él hubiérase encontrado
A Gradaso, á Roger, á Bradamante,
A Orlando y Ferragut; mas, desde el dia
En que el cuerno de Astolfo al nigromante
Logró lanzar de su guarida impia,
Sin darle dello parte,
Hácia Paris tornóse Brandimarte.

En esto pues, cual dije,
Hácia Isabel corriendo se dirige
La bella Flordelis, que del de Anglante
Las armas reconoce en el instante,
Y á Bridadoro, en cuyo lomo brilla
Desamparada y refulgente silla.
Testigo presencial de su locura,
El fin de esta aventura
Escucha Flordelis. Del conde Orlando
Entónces completando
Zerbino la magnífica armadura,
Suspéndela de un pino,
Y que no se la lleven recomienda
Al rústico, al guerrero, al peregrino,
En su tronco escribiendo esta leyenda:
« Armadura del principe de Anglante. »
Que equivale á decir: « Nadie la mueva
« Si entrar no quiere con Roldan á prueba. »
Hecho esto, va á partir, cuando, del pino
Pender las armas viendo, allí se llega
Mandricardo, y le ruega
Le diga lo que aquello significa.
Zerbino se lo explica,
Y el moro sin tardanza
Hácia el pino furioso se abalanza,
Y, la espada arrancando:
« Al fin, » exclama, « al fin apoderarme
« Logro hoy de un arma bella
« Que vino la traicion á arrebatarme.

« Por temor de tener que defendella,
« Loco Orlando fingiéndose, la arroja;
« Su vileza tal vez excuse el hecho,
« Mas no puede quitarme mi derecho.
De tal audacia el escoces se irrita,
Y al agareno: « Deja,
« Deja, villano, aquesas armas, » grita,
« O á combatir conmigo te apareja. »

Sin decir mas, movidos por su enojo,
Se embisten ambos con igual arrojo
De la batalla comenzada apena
Ya el horrisono estrépito resuena.
Rápido como el rayo
A cada golpe esquivase Zerbino,
Y, siempre en busca del mejor camino,
Moviendo á su corcel va de soslayo;
Y hace bien, pues la vida
Perderá, si un instante se descuida.

Cual puerco que, asaltado
En medio al campo por mastin furioso,
Que mas y mas le estrecha á cada instante,
Un medio de evadirse busca ansioso;
Así Zerbino, en alto
Viendo al moro esgrimir la espada ilustre,
A discurrir empieza
Como podrá, sin mengua de su lustre,
Evitar el asalto,
Que, siempre amenazando su cabeza,
Hace en sus armas un fragor que imita
Al del viento de marzo cuando azota
Las ramas de los chopos,
De que al suelo mas de una viene rota.

Veloz, pujante y bravo
Se defiende Zerbino, hasta que al cabo
Un recio golpe, que evitar no pudo,
Destrozando su escudo,
Y por su cota resbalando, llega
A herirle el pecho. Por fortuna extraña,